



El despertador de la señora Susi



Juego, cuando los hechos se manifestaron abiertamente imprevistos, investidos de todo el esplendor de su poderío — y atañidos no del chándal un poco raído con el que practicaban football los días de fiesta por la mañana en el parque, ni del baño con botitas y las zapatillas de franela a cuadros con que podía verlos la sirvienta mientras se desajuraban en los días de labor sentados a la mesa de la cocina (eran unos hechos cacaxos, burlescos, que en la intimidad gustaban de la servicia y de seguir los arzones de los fogones en los que se empezaban a cocinar ya de buena mañana platos succulentos un poco, tal vez, en escaso espectáculo) sino del traje Armani confeccionado a la medida y de los zapatos Italianos reservados para los actos solemnes — todo el mundo quiso arrimarse al protagonismo de haber estado allí, en primera fila, siendo testigo de excepción de un suceso que no había sido por que revestir la menor importancia ya que era, según todas las apariencias, de toda menor — aunque esta particular hablo de quedar por lo pronto en suspenso ante las airadas protestas (que se admitieron, por cierto, contra todo pronóstico) y en el acto está por si alguien tiene la curiosidad de echarle un vistazo) de los que adujeron que no era a las apariencias a lo que evitábamos jugando — había cuenta de que comitido en algo tan cotidiano como lo es (y quién no ha vivido la experiencia alguna vez) el que un despertador no funcione.

No según las apariencias, por tanto y si empeño por el mucho empeño que pudieran en insistir (porque insistieron, aunque no se reflejó en el sumario por entender que podía resultar reiterativo) los que aducían, ni de bulto o desencadenado por algo tan genérico "como lo es (la frase fue repetida hasta la saciedad en todos los idiomas y diferentes tonos, por activo y por pasivo, en los mercados y en los colegios y en las iglesias, por voces tan disonantes cual pudieran serlo las de las serchabas o las de las profesoras de primera enseñanza o las de los clérigos; entiendo, entonces, lo de la experiencia y guardado, asimismo, por afloj quién la había vivido y quién no porque nos halláramos, no convenia olvidarlo, ante un acertado intento de trascendencia universal y no era cosa de andar deteniéndose en minucias ni en ésta o aquella anécdota personal) el que un despertador no funcione" sino por algo tan infinitamente más concreto como vino a resultar el serlo el que el despertador personal de la señora Susi se negase a cumplir su cometido justo aquella mañana en que tenía el señor Cotrained que pagase un madrugón de padre y may señor de la tía

cuando, y ella muy bien lo sabía, eso no era en absoluto cierto porque — y el abuelo se lo había relatado, y, bueno, no sólo a ella; no sólo a ella sino bajo declaración jurada y en audiencia — ellos, los dos, juntos y de común acuerdo, habían acudido una tarde (cuya fecha sin duda constaría en el expediente si alguien se tomaba la molestia de mirarlo) a un notario, y, él, *él en persona*¹, lo había relatado sosteniendo que eso era una burda patraña.

Y, allí, en la notaría, no ya el abuelo sino él y con su propia voz², declaró haber sido

adquirido al precio oficial y de mercado reseñado en (y todo el mundo que haya firmado un triste e insignificante testamento sabe lo que eso cuesta)³ contrato firmado por el susodicho abuelo y con consentimiento expreso, con su rúbrica y todo, del interesado que, por cierto y explicó — y exigió, para ir más lejos, que la explicación figurase en dicho documento; pero el notario dijo que lo que quisieran (el abuelo y él, que eran los que pagaban) pero que tuviesen en cuenta que como él cobraba por páginas redactadas con sus sellos y su “yo, el notario” y el relato de la parte contratada tomado desde sus inicios o, al menos, desde donde a él le había contado sus ancestros, se remontaba a, calculando a puro ojo, tres o cuatro siglos atrás, “ustedes verán pero va a costarles un ojo de la cara”; de manera que de común acuerdo desistieron —, no era ningún aficionado ni inexperto carente de título y las correspondientes

¹ Susi optó, tras largas cavilaciones — que le hicieron perder un tiempo que no dudo ni por un instante de calificar de preciosísimo no se supo nunca si por propia vanidad o por mostrarle su gratitud y su apoyo por habérselo, siempre, marcado tan fielmente aunque a veces “y eso tienes que reconocerlo” (musitó) con una cierta brusquedad —, por utilizar la cursiva en prevención de risitas y suspicacias.

² También en cursiva y considerando cómo — el abuelo se lo contó a ella — al notario le resultó extraña (que hasta se sobresaltó y dio un respingo), pero cuando estuvo al tanto de los detalles lo entendió y se acostumbró a ella enseñuida.

³ Colocó ella los paréntesis en rojo, no teniendo la menor idea de dicho precio ni de si vendría al caso el mencionarlo.

credenciales (y que tenía un diploma con orla y todo, en el comedor de su casa, dijo también) sino descendente por línea directa y heredero y legatario de una insigne estirpe de muy rancio abolengo educada, generación tras generación, para realizar su trabajo de forma totalmente personalizada.

Y, eso, requería no poca habilidad y, como es lógico, tenía su técnica y, por qué no decirlo, hacía necesario recurrir a ocasionales triquiñuelas dependiendo de la idiosincrasia del usuario porque, como muy bien sabrían tanto el letrado como el abuelo de la señorita, cada persona es un mundo y, así como unas necesitan o tienen suficiente con una musiquita suave, para otras hay que echar el resto y echar mano de la percusión y hasta prodigarse en violentos zarandeos que conllevan, a veces, una respuesta no menos violenta (aunque inconsciente, sí) por parte del...⁴

Así, por tanto, estaba él versado y era ducho, tanto en la utilización y manejo de todo tipo de instrumentos musicales — que igual te tocaba la armónica que el violín o el piano o el tambor y los platillos, “o, bueno, no igual (quiso puntualizar, atento a en nombre de la propia idiosincrasia suya ser preciso) pero para entendernos” — como en el ejercicio y práctica de toda una variedad de artes marciales porque, dijo, “colegas y hasta familiares tengo o, bueno, tuve, que terminaron muy, pero que muy mal y en paz descansen”.

Y puso la señorita, Susi, el capuchón a la estilográfica no sin albergar — a regañadientes, que llevaba muy mal eso de hacer hueco en su ella, que ella llamaba “yo” con cabezonería, a elementos que pudieran desasosegarla — la duda, “razonable”, se dijo, pero impertinente y respondona, de que lo escrito estuviese bien, o mal, en su defecto, redactado.



⁴ No la convencía escribir dos veces usuario — tres con esta — en un mismo párrafo. Aun no estando segura de si contaba al ir en más pequeño y a pie de página. Pero, por si acaso, colocó los puntos suspensivos y siguió con lo que la ocupaba.